



LA PLAZA DE LA CONSTITUCION DE NOCHE





LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN  
DE NOCHE.

**A** CONSEJAMOS á los extranjeros que vienen á juzgar del adelanto y la cultura de la capital de la República, que no tomen nota alguna de lo que pasa de las ocho de la noche en adelante en el centro de la ciudad, porque esto es solo para contarlo en reserva á nuestros bondadosos lectores, á quienes invitamos á dar un paseo á eso de las nueve por la plaza de la Constitución.



Comenzamos por el puente de Palacio, en donde lo primero que se ofrece á la vista y al olfato del solitario transeunte, y superabundantemente iluminado por un foco de luz eléctrica, es el mingitorio municipal, que no es para descrito. Sigue una serie de tiendas de madera y lienzo, habitadas por muchas mujeres, desgreñadas y sucias que han sentado allí sus reales con el pretexto de vender aguas frescas al calor del cuerpo. Estas casitas, que de día tienen todo el aspecto de una orchatería ó puestos de tianguis, á las nueve de la noche son recámaras á los cuatro vientos. Las vendedoras de aguas son diputaciones permanentes de los Estados de Puebla, Guanajuato y Guadalajara, que reciben de día al público que se refresca y de noche á sus amigos y tertulianos, que no tratan de refrescarse precisamente.

Mientras unas chieras forman grupos con los consabidos amigos, otras cabecean ó se acurrucan por los rincones. En otras de esas barracas se observa otra disciplina más

severa al parecer, porque no hay tertulia, á lo menos visible, y las mesas que de día sirven para refrescar, de noche se utilizan para tabiques y alcobas. Se levanta una barricada con las sillas y un muro con las mesas y las ollas; de lo que resulta un conjunto indescriptible de chía, orchata, limón, piña, tamarindo, sábanas, mujeres, hombres, niños y perros, procurando defenderse de la luz eléctrica que penetra por entre aquella palizada á pesar de las sábanas y de todas las precauciones.

De esta amalgama resulta que en la mañana, la chía y la orchata están al calor del cuerpo, como agua para baño ó como agua á pasto para enfermos del pecho. Despierta á aquellas gentes el frío de la aurora, que, como la luz eléctrica, se cuela por todas partes, y comienza la operación de dar de nuevo al dormitorio público el aspecto de orchatería, al exclusivo servicio de las mujeres.

Estas mujeres sin *toilette* son las encargadas de dar á usted un vaso lavado con sus propias manos al estilo del país. Estas mu-



jeros llevan dos meses de vivir en la plaza de Armas, acampadas en sus tiendas, cuyo modelo es parto del ilustre ayuntamiento. Ciertos calaveras de casa de vecindad encuentran de su gusto esa sociedad de refrescadoras y mantienen la tertulia desde que oscurece hasta que aquello se transforma en dormitorio.

Después del espectáculo de las barracas sigue el del portal de la Diputación, cuya pared sirve de cabecera á sesenta ó más individuos de ambos sexos, que con cubrirse la cara, duermen allí á pierna suelta como en colchón de pluma. Las pocas personas que transitan por ese portal á tales horas, se preguntan quiénes son aquellos desgraciados y piensan con tal motivo en el cien veces cantado proyecto del dormitorio público, que con solo serlo un poco menos que el portal del palacio municipal ya se habría dado un paso hacia el decoro público y al socorro de los infelices.

El portal de Mercaderes sigue siéndolo hasta las doce de la noche; solo que al

abigarrado conjunto de puestos de juguetes, zapaterías, imprentas y estanquillos, sucede el soñoliento y triste comercio de los dulceros, de no muy limpia catadura, que apostados de trecho en trecho en ese portal hace dos siglos, ofrecen al transeunte goloso su empolvada mercancía, alumbrada por quinqués rotos y humeantes, colocados entre dos calabazates.

Esos dulces son acariciados á mañana y tarde, durante su prolongada exhibición, uno por uno, y con todo el cariño que puede engendrar en un dulcero el 50 por ciento de utilidad, por las manos ¡qué manos! del inculdo y desvelado vendedor.

Una noche, de regreso del teatro, pasaba yo frente á esos fantasmas silenciosos del portal con un amigo mío, dado hace mucho tiempo á las observaciones científicas. Como todos los sabios tienen alguna manía extravagante, mi amigo, por medio de un paréntesis clásico, abierto en medio de nuestra interesante conversación, se paró para comprar camotes cubiertos.



—Es mi costumbre—me dijo, eligiendo algunas de aquellas golosinas—yo tomo dulce á todas horas.

—Lo cual prueba—añadí yo—que tiene usted estómago y corazón de niño.

—Efectivamente—dijo mi amigo el sabio, recapacitando y apoyando la punta de un camote en su frente, como si fuera el mango de la pluma—el estómago de los niños necesita más de las materias sacarinas que el de los adultos. En cuanto á lo del corazón...—me dijo—no comprendo....

—Es claro,—añadí yo—el que se entrega á esos placeres inocentes dá una prueba de que no frecuenta la cantina y conserva sus costumbres puras.

Algunos días después visité á mi amigo. Como siempre me hizo subir á su laboratorio, en donde se ocupa constantemente de sus análisis. Ya había analizado una botella de agua del Peñón de los baños, y otra de aire de letrina, de cuyo resultado estaba contentísimo, porque le iba á servir de base para una serie de estudios microscópicos

muy complicados, que según me figuro, deben llegar á la innegable conclusión de que el aire de las atargeas es nocivo.

En medio de las retortas, los libros, las balanzas, y los frascos de reactivos, estaban todavía intactos y sobre el papel de periódico en que el vendedor los había envuelto los dulces que mi amigo el sabio había comprado en el portal.

—Cómo, le dije, V. no ha tomado todavía los dulces. Estos dulces, sinó me equivoco, son los mismos que compró V. en mi presencia.

—Ah, los dulces, dijo el sabio con tristeza, los dulces. No me he ocupado de otra cosa desde aquella noche.

—¿Se ha ocupado V. de los dulces?

—Le diré á V. Facundo. Esta manía que tengo de analizarlo todo, puso en mis manos el microscopio precisamente en el momento en que me disponía á devorar ese calabazate. Tenía yo muy buena luz, una lluvia de tres cuartos de hora había barrido los corpúsculos de la atmósfera; las nubes habían desaparecido, y brillaba el sol de



una manera espléndida. De manera que luz, microscopio y calabazate me clavaron ahí, mientras me duró el aliento.

—¿Y qué sacó V. en limpio?

—En limpio! repitió con tristeza el comedor de dulces, en limpio respeto á mi afición á las golosinas.... vea V. Facundo, veálo V. mismo, no he comido los dulces. Es la primera vez que me arrepiento del análisis. Escuche V.

Y el sabio tomó un pliego de papel y leyó de esta manera:

Análisis de una pulgada cuadrada de superficie de calabazate.

Partículas de silicatos diversos. 897.

Idem de tierra vegetal. 709.

Idem de materia orgánica. 19.

—Polvo—dije para mí.

Idem carbonato de potasa. 607.

Idem carbonato de cal. 5.

(Ceniza de puro)

Idem filamentos de algodón. 97.

Idem de lana. 69.

Idem de seda. 3.

Fragmentos capilares. 7.

—Estos fragmentos, agregó el sabio interrumpiendo la lectura son con toda probabilidad, por estar cortados en porciones atómicas, el producto de las tijeras de los peluqueros, y hay dos ó más fragmentos terminados en punta que me inducen á creer que son pestañas de perro. En esta sección he colocado dos raíces del mismo pelo, pelo humano, desprovistas de su vástago y dos alveolos del cuero cabelludo. Encontré además un infusorio vivo de la familia de los *bacterios*.

Yo no sabía cómo clasificar algunos fragmentos de tejido celular y algunas fibras epidérmicas; pero detenido estudio comparativo vino á aclararme que provienen del animal corpulento de la raza bovina, ó en términos vulgares, de la baqueta ó suela, quiere decir de los zapatos que se venden en el portal, y de los transeuntes. En cuanto á substancias minerales tenemos trazas de sulfato de amoniaco muy bien caracterizadas y ácido fosfórico.



—Los mingitorios, pensé.

—Además, continuó el sabio, pude extraer partículas albuminoides.

—Claro! los mingitorios. Ya comprendo por qué no ha comido V. los dulces.

—Sigue el análisis, continuó el sabio; partículas de betún de Judea, trementina y negro de humo. 1327.

—¡Tanto!

—Es claro, estaban aglomeradas esas substancias en la forma de una *f*.

—¡Cosa más rara!

—No tiene eso nada de extraño, dijo el sabio con una sonrisa de triunfo. Es una *f* del papel de periódico en que envolvieron los dulces, y que se reimprimió en el calabazate al combinarse el betún de Judea de la tinta de imprenta con los átomos de azúcar y la humedad atmosférica, ó más bien con alguna de esas partículas salivales que se desprenden de la boca al comprar y vender dulces.

—¡Válgame Dios y lo que quiere decir para los sabios, exclamé, la sencillísima cir-

cunstancia de estar un dulce lleno de polvo!

—¡Oh, el microscopio! dijo el sabio lanzando una mirada cariñosa á su magnífico instrumento. ¡Qué grande es el mundo de lo infinitamente pequeño!

—Pero en fin V. no vuelve á tomar dulces.

—Vea V. Facundo, voy á hacer otros análisis, para que se me olvide el de los calabazates, y dentro de poco, mis propensiones de goloso triunfarán de las apreciaciones científicas.

—Me parece bueno el remedio y lo pondré en práctica antes de comprar dulces.

—El expendio de comestibles al aire libre, continuó el sabio, especialmente de aquéllos que presentan una superficie húmeda ó pegajosa, es, sobre inculto y poco aseado, un vehículo seguro para la transmisión de los corpúsculos y gérmenes venenosos que flotan en la atmósfera. Los dulces, los pasteles y todas esas golosinas, debían exhibirse para su venta resguardados del polvo, bajo vidrieras. Así estarían libres ya



no solo del polvo cuyo análisis es horripilante, como V. ha visto, sino que podrían conservarse más tiempo en buen estado, porque no absorberían tan fácilmente la humedad de la atmósfera que altera y descompone todas las masas secas y esponjosas como los pasteles, ni absorberían los miasmas pestilentes, como sucede con toda seguridad á los pasteles y dulces del portal de Mercaderes, expuestos por más de catorce horas consecutivas á inmediación de los mingitorios. Respecto al uso que se hace aquí del papel de periódicos diré á V. que para un inglés ó un americano del Norte sería una falta imperdonable ofrecerle un dulce envuelto en papel impreso. Entre nosotros se usa ese papel sin objeción alguna, pero convenga V., Facundo, en que no deja de tener sus inconvenientes.

—Que lo diga la *f* del calabazate.

—El público, dijo el sabio muy serio, debe engullirse con los dulces muchos vocablos reimpresos por el procedimiento de la absorción del betún de Judea por el

azúcar húmeda, arrastrando consigo las partículas de negro de humo y del aceite de linaza.

Dejemos al sabio, para continuar nuestro paseo nocturno. Al salir del Portal de Mercaderes se siente uno bañado por torrentes de luz eléctrica en el vértice de un ángulo recto que llega por un lado hasta el paseo de la Reforma y por el otro hasta Peralvillo. La imaginación vuela como la electricidad, hasta el lugar de la generación de la luz, y recuerda el ruido atronador de los motores y las máquinas, y la complicada red de conductores que llevan el fluido que se convierte en astros deslumbradores, en haces de rayos luminosos sostenidos á fuerza de oro por un ayuntamiento que deja á la ciudad hundirse en la inmundicia.

El Zócalo está desierto y sin embargo inundado de luz, y á mayor abundamiento ardiendo el gas en el candil y los candeleros de la caja acústica. No es noche de música, y uno que otro vagabundo dormita en las bancas de fierro. Algunos calaveras trasno-



chados se cambian palabras obscenas en voz alta, las fuentes han enmudecido hace mucho tiempo, y no rompe aquel silencio selenítico más que el lejano rumor de algún simón rezagado, ó la lluvia de cucarachas monstruosas, familia *Velatona*, que se crían en los pantanos de las inmediaciones de la ciudad, y vienen de noche á inmolarse en aras de las esplendideces municipales y á ahuyentar del jardín á las muchachas bonitas.

